

# Encuentro

Los que lo veían por primera vez, creían que estaba loco; en Huasacañada sabían que todo era a causa de su eterna borrachera. Contaban que andaba en los días de lluvia tocando puertas ajenas, o de noche, cantando coplas sin aire en la voz y rondando en su negra cabalgadura las casas abandonadas. Hacía meses que llamaba a su mujer y a sus hijos, y más de un año que ella murió y que sus hijos se fueron a otras tierras a ganarse la vida.

Una mañana fue a la feria de Montes Claros a vender su última

¡Apúrense antes que llueva!

Luego de una hora de hablar y hacer silbar su chicote en el aire, se encaminó hacia Guadalupe, no sin antes mirar de reojo a la casa lanzando insultos y amenazas.

Cuando bajaba la última loma camino de Monte Grande, comenzó la lluvia. A pesar de las zetas pedregosas del bajío, no se apeó de la mula. Fijó fuertemente los pies en los estribos mientras apoyaba la espalda en la orilla trasera del apero. Su cabeza se sacudía atrás y adelante ante cada salto de la mula, apenas podía llevar a sus labios el pico de la botella. Con la lluvia y el cielo

Tranca de Piedras era el límite entre la loma y el monte. A un lado estaba la pampa donde ahora pastaba la mula, y al otro lado los árboles, separados de la cueva por una quebrada que en tiempo de aguas se volvía río. Justamente al lado de la cueva había un gran salto de agua que tapaba hasta el ruido de los truenos. Todo esto no impedía que el hombre, arrellanado entre cueros y sobrepelos, mandara a gritos a las sombras de sus familiares perdidos.

El trago ya se iba a terminar, la noche aún era larga. Sus ojos parecían perdidos, quien sabe si en algún momento feliz de su vida, un momento perdido y tal vez recuperado ante el llanto de un niño, ante la paciencia de su mujer, cuando se perdía en las fiestas y caía dormido en las cunetas, y hasta en los propios ríos de donde ella lo sacaba, le limpiaba el barro y las cochinas de su cuerpo, le daba un plato de comida, para que al día siguiente se fuera otra vez y se perdiera cuántos días.

Ahora que ella no estaba, al fin podía verla; nunca se había fijado en el brillo de sus ojos, ni dio importancia a sus caricias y a su mansedumbre. Nunca había escuchado el timbre de su voz; ahora era música en sus oídos. La noche estaba llena de su presencia.

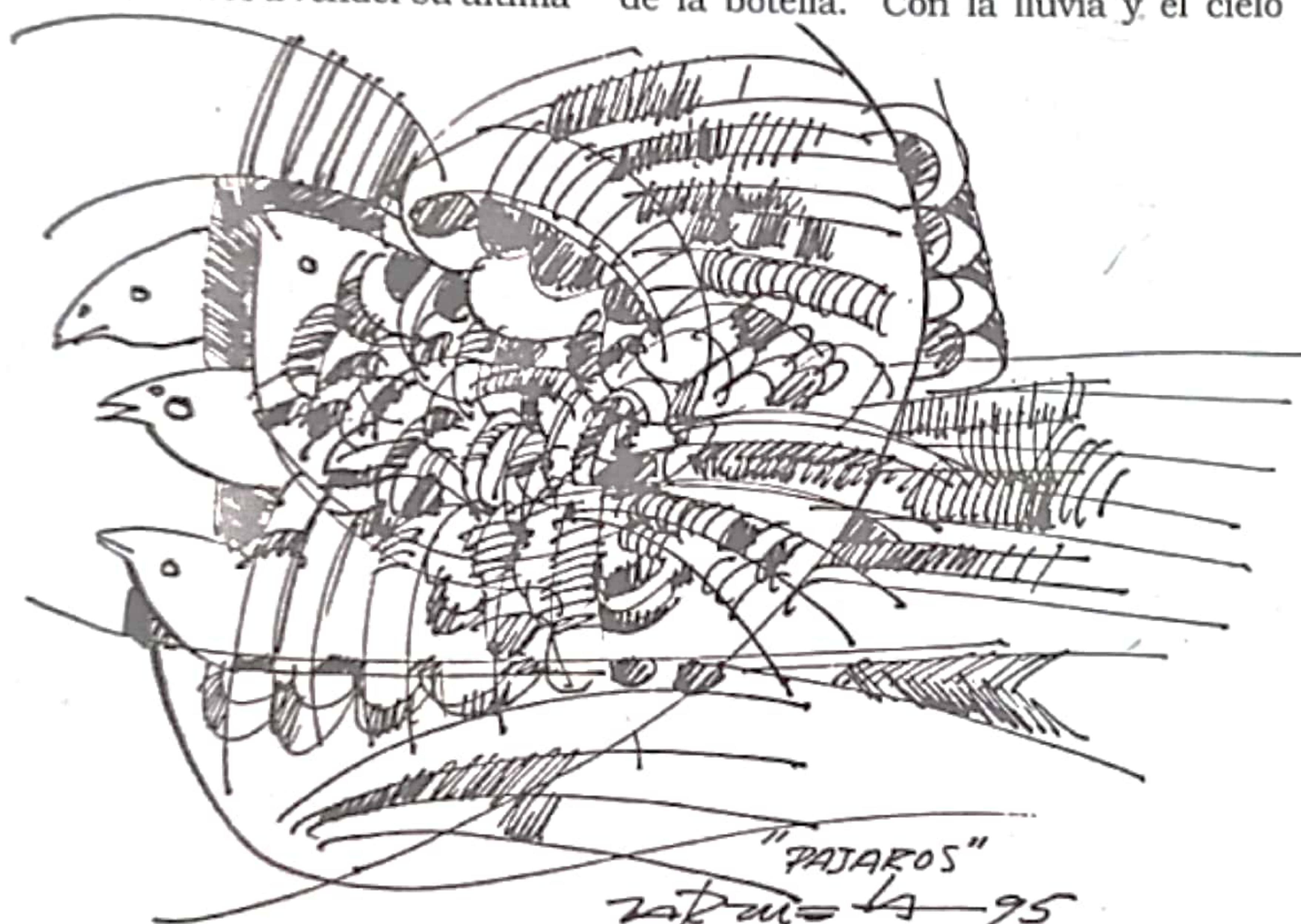
-¿Porqué no prenden fuego? ¡Ya me está haciendo frío -La botella vacía fue arrojada a la quebrada-. Qué barbaridad, hasta ahora no han prendido fuego. ¿Han visto ustedes mujer tan floja? ¡Llo-kallas, vayan a traer leña! ¿No hay leña? ¿No ven el monte a este lado?

Movía los pies y se aclaraba la garganta, dispuesto ya a sorber la taza de café humeante que le presentaba su mujer.

-Apúrese, apúrese, hija, traiga el café -acezaba y sus ojos lagrimeaban de felicidad-. ¿Pero qué quieres, mujer? ¿Adónde me estás llamando? ¿Ya es hora de echarse acaso? ¡Otra taza de café!

El hombre se levantó como un sonámbulo, y ni siquiera sintió que resbalaba en la orilla del salto de agua. ¿Qué frío, qué miedo iba a sentir ante la felicidad de encontrarse al fin con ella?

MANUEL VARGAS Vallegrande.



vaca. Se despidió de ella sin pena, tal como lo hiciera con las anteriores. Volvió temprano, entre copas, con todo lo que le quedaba en este mundo" su mula ensillada y los bolsillos más o menos llenos. Se acercó a la tapera donde antes viviera con su mujer, y comenzó a pensar "Caramba, hace tiempo que no voy al Monte Grande a ver mis vacas. Iré ahora, creo que todavía es temprano". Desde el callejón comenzó a gritar:

-¡Apuren, carajo, traigan mi poncho y mi lazo! -chicoteaba a su mula dando vueltas en redondo, y seguía-: ¡Hijo, trae mi sombrero viejo y helaquí el nuevo!

entoldado, pronto oscurecería, el hombre quería llegar de una vez a la pascana de Tranca de Piedras.

Desmontó al lado de pircas deshechas y restos quemados de leña, ya era de noche y estaba completamente mojado.

-¡Cuidado con mi alforja! -gritó-. Apuren de una vez, traigan los sobrepelos a la cueva.

A los pocos minutos el borracho estaba sentado en el rincón, oculto del viento y la humedad. De rato en rato brillaba el vidrio de sus ojos y el de la botella al volcarse en el gargüero.

-¿No pueden prender fuego? -gritó comenzando a incorporarse-. Vengan, aquí hay leña seca, ¿o prefieren un cimbrón? -y terminó en una carcajada.